



LUISA VALENZUELA



Volver a El Mañana
(fragmentos de una novela)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

Carolina Domínguez
Voz Viva



VVAL - 47

Primera edición en CD, diciembre 2018

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2745-7

ISBN 978-607-30-1442-7

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."
Impreso y hecho en México.



LUISA VALENZUELA



Volver a El Mañana
(fragmentos de una novela)

Presentación
Dina Grijalva



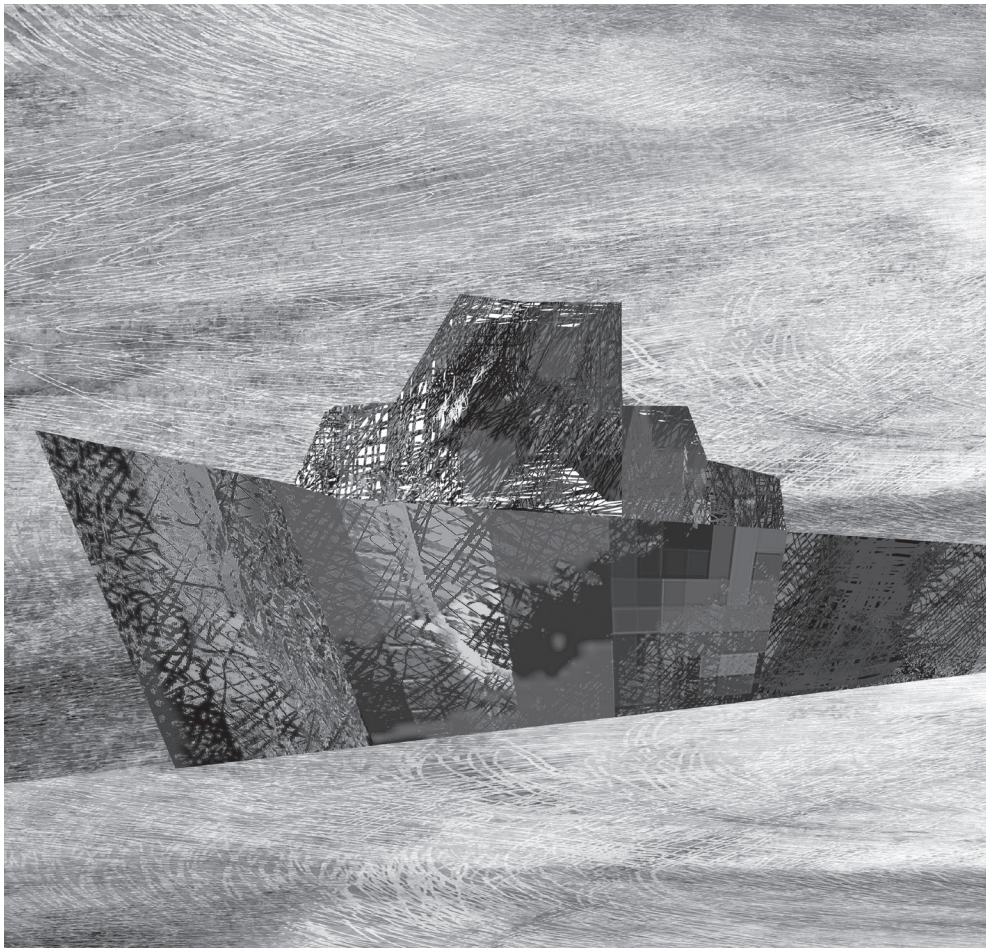
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Luisa Valenzuela. Nació en Buenos Aires, Argentina, donde reside en la actualidad. Viajera impenitente, visita México con frecuencia y pasión. Allí se hizo conocida con la novela *El gato eficaz*, Joaquín Mortiz, 1972. Ha publicado más de treinta libros, entre novelas, ensayos, volúmenes de cuentos y de microficción. Recibió numerosos premios a su trayectoria, siendo los últimos el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores y el Premio León de Greiff al mérito literario, Colombia. El Fondo de Cultura Económica ha publicado en México *El placer rebelde*, antología general de su obra, su *Trilogía de los Bajos Fondos*, que incluye las novelas *Hay que sonreír*, *Como en la guerra* y *Novela negra con argentinos*. También la presente novela, *El Mañana*, considerada su ars poética, el libro de ensayos *Escritura y Secreto* y el muy reciente *ABC de las microfábulas*, ilustradas por Lorenzo Amengual.



Dina Grijalva. Doctora en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Forma parte del Sistema Nacional de Investigadores. Libros académicos publicados: *Eldorado: Mito y evocación en la narrativa de Inés Arredondo*; *Eros: Juego, poder y muerte. El erotismo en la narrativa de Luisa Valenzuela*; *Literatura y violencia: Lo real pavoroso en cuentos de Julio Cortázar y Luisa Valenzuela*. Libros de minificción: *Goza la gula, Las dos caras de la luna, Abecé sexy, Mínimos deleites, Miniaturas salmantinas* y *Cuestión de tiempo*. Ha publicado dos antologías: *Cuentos de dulce voluptuosidad* y *Eros y Afrodita en la minificción*.





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Dina Grijalva 9

DEL LIBRO *EL MAÑANA*

¿*POR QUÉ?* 23

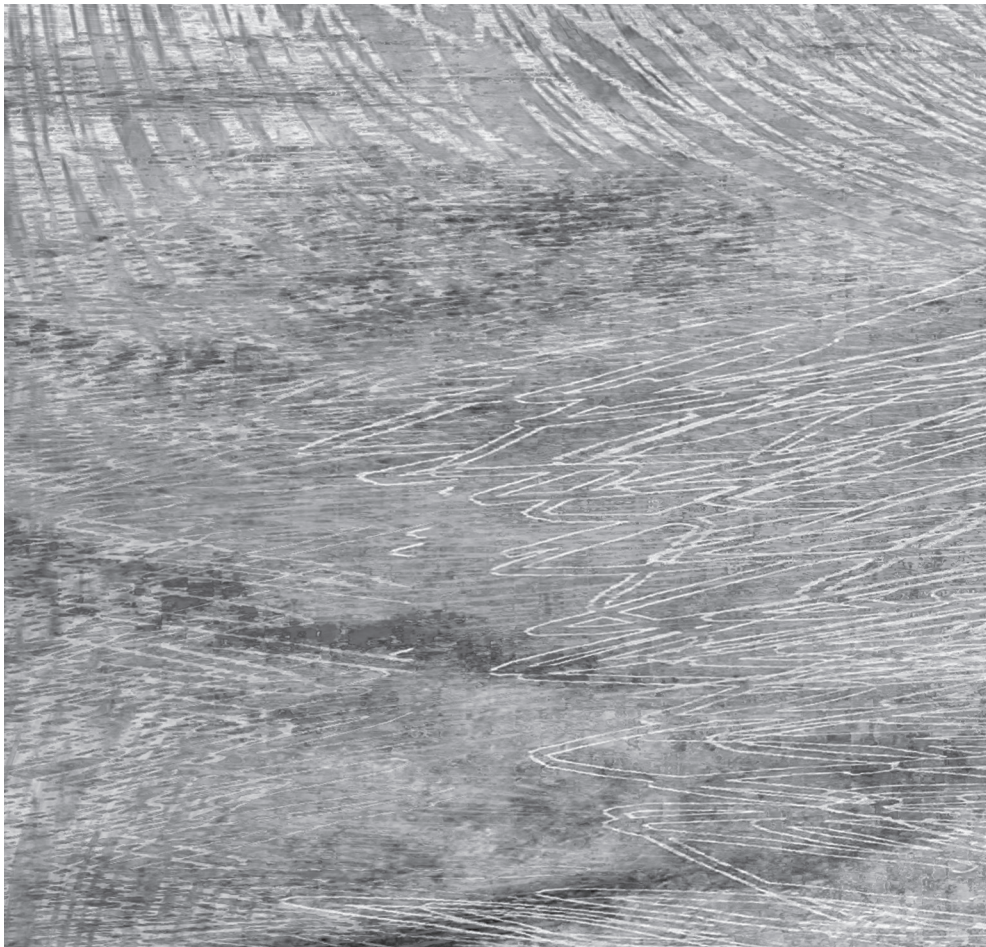
DOMINGO 25

LUNES 37

MARTES 43

ÓMER 45

MARTES (CONT.) 51



PRESENTACIÓN
Dina Grijalva

Quiero celebrar, en el nuevo milenio, la escritura de la mujer,
que irrumpió con fuerza en los últimos cincuenta años.

LUISA VALENZUELA

Luisa Valenzuela es una de las escritoras argentinas más abordadas por la crítica literaria internacional. Autora de una decena de novelas y de varias colecciones de cuentos —desde mini-ficciones hasta *nouvelles*—, así como de esclarecedores ensayos, su obra ha sido traducida al inglés, alemán, francés, portugués, italiano, holandés, persa, japonés, serbio y croata, entre otros idiomas. Sus cuentos integran numerosas antologías, nacionales y extranjeras. Ha recibido premios, reconocimientos y distinciones: es Doctora Honoris Causa por la Universidad de Knox, Illinois; Doctora Honoris Causa por la Universidad Nacional de San Martín, Provincia de Buenos Aires; en 1997 recibió la Medalla Machado de Assis de la Academia Brasileira de Letras y, en 2017, el Premio León de Greiff al Mérito Literario.

Reside en Buenos Aires desde 1989. Su escritura despertó la admiración de Julio Cortázar, Susan Sontang y Carlos Fuentes. En la antología *Latin American Writers at Work* su nombre figura con los de Paz, Vargas Llosa, Neruda, Puig, Cabrera Infante, Fuentes y Borges. La risa de este último llenaba la casa de la infancia y adolescencia de nuestra autora. Ella nos dice:

Porque me crié en una casa repleta de escritores, y eso no era para mí. No señora, gracias.

Fernando Alegría ahora define aquel momento y lugar como el Bloomsbury porteño y no es una definición tan desatinada como parece. En nuestra casa del barrio de Belgrano, una esquina blanca, colonial, de rejas de hierro forjado y arcadas, los habituéis se llamaban Borges, Sábato, Mallea, Nalé Roxló. Mi madre, la escritora Luisa Mercedes Levinson, era el ser más sociable del mundo cuando no estaba en la cama, escribiendo.¹

En el mismo texto, nos habla más de su madre: “De chica yo la miraba desde la puerta, ella en su pieza en la cama entre papeles, durante todo el día

¹ Luisa Valenzuela, “Escribir con el cuerpo”, en *Peligrosas palabras*. Buenos Aires, Temas, 2001, pág. 124.

hasta el atardecer cuando llegaban los otros. La observaba con admiración y con el convencimiento de que no era vida para mí. Yo aspiraba a otro futuro mucho más activo y aventurero”. Sin embargo, se inicia en el periodismo a los diecisiete años y publica su primera novela, *Hay que sonreír*, en 1966. La escritura (y los viajes y la pasión por las máscaras) la ha acompañado a lo largo de su prolífica vida.

En la década de los setenta, Luisa Valenzuela alterna su residencia entre Barcelona, Estados Unidos, París y México. El México mágico, que asoma a cada momento, inspiró a la autora los cuentos reunidos en volumen con el título de *Donde viven las águilas*. Es también en México donde conoce a Julio Cortázar, “tal vez el autor que más resuena en su obra”² dice Wendolyn Díaz. Es en esos años cuando el autor de *Rayuela* lee *El gato eficaz* y escribe una nota donde expresa su aprecio por la escritura de esa nueva voz de las letras argentinas.

En la escritura de Luisa Valenzuela se entretajan en algunos memorables relatos erotismo y política; sexualidad y poder patriarcal; y siempre —aun

² Gwendolyn Díaz y María Inés Lagos. *La palabra en vilo: Narrativa de Luisa Valenzuela*. Chile, Cuarto propio, 1996, pág. 11.

en el horror más desquiciante— en esa exploración del erotismo desde el deseo femenino, es éste una fuerza liberadora y una ventana que nos permite vislumbrar un espectro más amplio de la realidad y de la imaginación.

2.

El goce de la mujer. Su deseo. Indefinidos. Indefinidos hasta no hace tantos años puesto que el hombre no podía entenderlo y la mujer no parecía tener acceso al lenguaje necesario para explicitarlo. No se trataba del placer sino de la *jouissance*, el goce...

LUISA VALENZUELA

Al leer la literatura de Luisa Valenzuela deslumbra su talentosa capacidad para amalgamar erotismo, política, humor y escritura. La autora, en varios de sus ensayos —como “Peligrosas palabras”, “La mala palabra”, “Pequeño manifiesto”, “Mis brujas favoritas”— y en la mayor parte de su obra narrativa, permite leer un profundo y lúcido cuestionamiento del patriarcado. La necesidad de transgredir el orden instaurado por la hegemonía de lo masculino y la recuperación de una dimensión asociada con lo femenino ha estado presente en su escritura y la encontramos

también en la selección de fragmentos de *El Mañana*, que han sido elegidos por la propia autora para *Voz Viva de América Latina*. Y también encontramos en estos textos la originalidad de Valenzuela, su prosa única.

En la recuperación y liberación de lo femenino el rol del lenguaje es fundamental, ya que el orden patriarcal ha sido instituido en y por el lenguaje, es en y por el lenguaje que se debe deconstruir. Luisa Valenzuela, en entrevista con Héctor González Jordán, dice:

A mí me interesa mucho la cuestión del lenguaje. El de las mujeres por ahora ha sido bastante colonizado por el hombre, es un lenguaje que heredamos con la marca patriarcal. Eso ya lo han visto las feministas, se habla de eso desde hace bastante tiempo, creo que nos entendemos en distintos planos, hablamos un idioma distinto; entonces, hasta que no logremos entender lo que dice el otro nada va a cambiar.³

En la misma entrevista, y a pregunta de González Jordán sobre si cree ella que existe una literatura masculina y una femenina, Luisa Valenzuela responde: “Quizá no tan contundentemente pero la literatura de la mujer

³ Entrevista a Luisa Valenzuela, realizada por Héctor González Jordán, “No quiero escribir como hombre”, *etcéter@. Política y cultura en línea*.

es distinta; si hay una literatura viril, también hay una literatura hémbrica. Creo que sí, que hay una literatura femenina y otra masculina, pero no como cosas igual de buenas o de malas, hay buena y mala literatura femenina y buena y mala literatura masculina”.

3.

Adentrarse en el lenguaje es cabalgar las líneas
de fuerza que surcan el universo.

LUISA VALENZUELA

En la selección de fragmentos esenciales de *El Mañana*, aparecen las grandes constantes que atraviesan la obra de Luisa Valenzuela: la subversión ante el poder patriarcal, una práctica discursiva desde el lenguaje de la mujer, el humor y el erotismo femenino como fuerza liberadora. Sobre la especificidad e importancia esencial del lenguaje femenino, podemos ver en el conjunto de su obra narrativa y en gran número de sus ensayos —como en “Apropiación de un lenguaje propio”, “La palabra rebelde”, “Escribir con el cuerpo”, por citar sólo unos cuantos— cómo la puesta en

escena y/o reflexión sobre el lenguaje de la mujer están presentes siempre en la escritura de Luisa Valenzuela. También en diversas entrevistas alude a la relación entre la mujer y el lenguaje, en entrevista con Marianella Collete, expresa:

A mí me parece muy importante dicha relación porque creo que las mujeres ingresamos al lenguaje por el camino de atrás. El que nos impone el patriarcado, o al menos nos impuso desde siglos, y esas marcas quedan. [...] Las mujeres fuimos relegadas en el mapa del lenguaje, a las tierras cenagosas, las zonas inestables, contaminadas. Con el lenguaje se nos minimizó, se nos denigró desde tiempo inmemorial.⁴

Sin embargo, como bien supo ver Cortázar, Luisa Valenzuela no se limita a la crítica —que sabe ejercer como la mejor— sino que siempre va más allá, tanto en sus deliberaciones ensayísticas como en su obra de creación. En la reflexión sobre el lenguaje y la mujer citada líneas atrás, inmediatamente

⁴ Entrevista a Luisa Valenzuela, realizada por Marianella Collete Ryerson, “Luisa Valenzuela. El lenguaje de la mujer”, en: *Conversación al sur: Entrevistas con escritoras argentinas*. Buenos Aires, Simurg, 2003.

agrega: “y hoy podemos usar esa situación aparentemente negativa en nuestro favor, puesto que conocemos bien la parte oculta de las palabras[...] Partiendo de lo cual tenemos la capacidad de decir las cosas desde otro lugar.” En un lúcido y fascinante ensayo incluido en *Peligrosas palabras*, nuestra autora celebra “el encuentro tan largamente postergado de la mujer con su propio lenguaje. Casi casi como el muy surrealista encuentro del paraguas y la máquina de coser”. Y nos habla del arduo viaje de la mujer a través del reino del lenguaje:

De sujeto de la sujeción, pasando por ser sujeto del enunciado, la mujer está llegando por fin en los albores del tercer milenio a ocupar el lugar que le corresponde en tanto sujeto de la enunciación.

Y Luisa Valenzuela expresa sin ambages su convencimiento de la existencia de un lenguaje femenino aunque “éste no haya sido aún del todo develado y aunque la frontera con el otro —el lenguaje cotidiano con impronta de hombre— sea demasiado sutil y ambigua como para ser trazada.”

En su praxis escritural nuestra autora entreteje incansablemente erotismo, lenguaje y subversión; en diversas entrevistas ha expresado que ella escribe contra aquellos que creen tener todas las respuestas y que espera que cada uno de sus libros sea un semillero de preguntas que genera más preguntas y por suerte casi ninguna respuesta.

En los fragmentos que escuchamos en *Voz Viva de América Latina*, la autora argentina condensa de manera magistral la reflexión que ha venido haciendo, a lo largo de su vida y obra, sobre la importancia del lenguaje de la mujer y el poder subversivo de éste. La escritura es para Luisa Valenzuela una forma de tratar de entender. Para ella no existen las respuestas fáciles, ni unilaterales, su obra es un manantial de preguntas que llevan a quien la lee (o escucha) a cuestionar el orden establecido (que tampoco tiene mucho orden, por cierto, insinúa Valenzuela). En la trama narrativa de *El Mañana*, las escritoras argentinas a quienes la literatura femenina que cuestiona el orden patriarcal les parece motivo de reflexión, emprenden una travesía río arriba, en un barco que se convierte en el símbolo del viaje emprendido por la mujer en pos del lenguaje, lenguaje que históricamente

ha sido apropiado por el patriarcado. Ese barco enteramente conducido por mujeres es el espacio para pensar sobre el lenguaje y, para celebrar ese fructífero encuentro, se organiza una fiesta (“un barco enteramente tripulado por mujeres, era para el festejo”, nos dice la narradora) y justo en ese momento de música y baile, el barco es tomado por un comando de hombres que quieren restablecer el orden y borrar la escritura femenina. Me parece relevante señalar que en *El Mañana* (como sucede en otros relatos memorables de Luisa Valenzuela, como “Cambio de armas”) se establece un contraste entre el lenguaje femenino y el lenguaje usado por el poder patriarcal; las escritoras han emprendido su travesía para pensar en el lenguaje femenino: “Si sólo habíamos estado barajando propuestas, intentando abrir espacios de reflexión, ideas sueltas que se nos iban ocurriendo para ahondar en nuestro oficio. Jugando con el lenguaje, apropiándonoslo. Nada más. Nada menos, habrán decidido ellos a nuestras espaldas.” Los hombres que toman el barco por asalto, en cambio, no hablan, no abren espacios de reflexión, ni juegan con el lenguaje: ellos escupen calificativos:

Y cuando pudieron desprenderse de nuestras exclamaciones iniciales, cuando lograron recuperar su identidad siniestra, empezaron a escupirnos calificativos rastreros, injuriosos desde su punto de vista. Y con enorme asco nos gritaron lesbianas, y brujas, y subversivas, terroristas, guerrilleras. Como si no hubiéramos entrado hace rato en el tercer milenio, como si ya los roles no fueran otros.

A partir de allí en la novela se tejen la aventura, el erotismo, el humor, entran en acción las modernas tecnologías, la nostalgia, el peligro, la persecución, todo amalgamado en torno a la pregunta: ¿hay un lenguaje exclusivo de las mujeres? ¿las escritoras han encontrado la clave para socavar el poder patriarcal?

La apropiación del lenguaje es tan esencial para la liberación de la mujer, que el poder patriarcal aterrorizado decide secuestrar a las mejores 18 escritoras argentinas y tratar de borrar su obra. Asistimos en *El Mañana* al intento desesperado y extremo del poder por eliminar el lenguaje femenino. Los fragmentos elegidos por la autora se ubican en el inicio de la trama: el momento de la fiesta cuando el barco es atacado por el comando de hombres de negro, el confinamiento de cada una de las escritoras en

prisión domiciliaria y el momento en el que un antiguo enamorado de la escritora protagonista (*alter ego* de la propia Luisa Valenzuela) logra (gracias a su entrenamiento en el Mossad) burlar la vigilancia y llega al departamento en donde esta presa ella.

Incluso en la situación de confinamiento (prisión domiciliaria) y de intento de borrar la escritura femenina, lo lúdico y lo erótico son vividos como actividades liberadoras. La transgresión y la búsqueda de un mundo no ahogado por el poder patriarcal y su visión monolítica, autoritaria y excluyente son parte esencial de la obra de la autora de *El Mañana*.

4

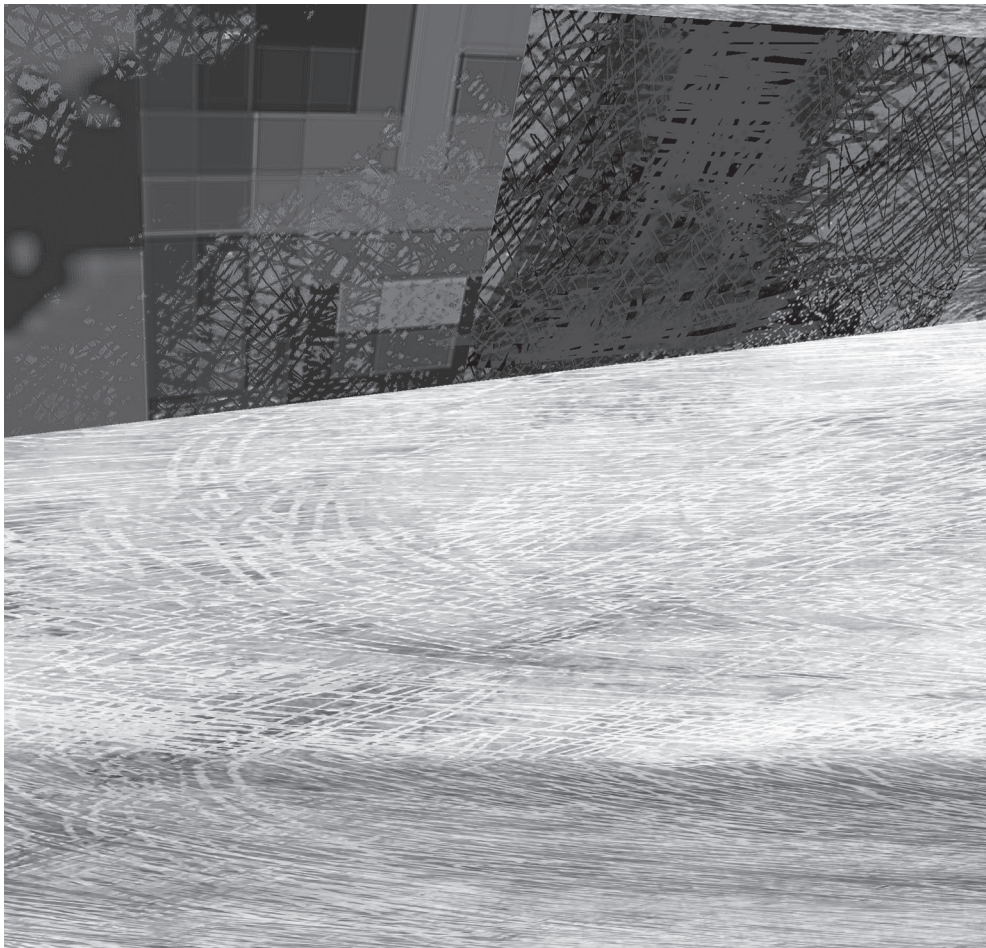
A mí, más que los actos me importan las palabras
con las cuales se designan esos actos, las marcas indelebles.

LUISA VALENZUELA

El Mañana es una novela que gira en torno a la importancia de la búsqueda del lenguaje de la mujer por parte de las escritoras y de su contraparte: el intento del poder patriarcal por negar y borrar la existencia de un lenguaje

femenino. Aquí la autora indaga y bucea en el tema del lenguaje que la ha apasionado a lo largo de su vida y obra.

Luisa Valenzuela ha creado en su escritura un universo donde erotismo, juego, transgresión, ternura, magia se amalgaman y develan lo limitado y unilateral del poder patriarcal. Y ha creado, en más de medio siglo de escritura, una prosa única, de una originalidad admirable. Como lo expresó Julio Cortázar: “Los libros de Luisa Valenzuela son nuestro presente pero contienen también mucho de nuestro futuro; hay verdadero sol, verdadero amor, verdadera libertad en cada una de sus páginas”. *El Mañana* nos reafirma estas palabras premonitorias del autor de *Rayuela*.



DEL LIBRO *EL MAÑANA*

¿POR QUÉ?

Meses y meses repitiéndome la misma pregunta inútil: ¿Por qué nos metieron presas? ¿Qué hicimos, qué pensamos, qué dijimos de más, qué amenaza encarnamos sin siquiera darnos cuenta? El país estaba tranquilo y según parece sigue bien tranquilo, como si nada, como si nosotras no hubiésemos existido nunca. Dieciocho escritoras borradas de un plumazo. En arresto domiciliario. Una verdadera mierda.

Quizá logre entrever una respuesta si me pongo a escribir, a contar lo que pasó en el Mañana, lo que en estos meses de encierro me anduvo carcomiendo el seso en desesperado intento por contestarme la estúpida pregunta tan preñada.

La sola idea de escribir me da náuseas. Por culpa de la escritura las dieciocho estamos donde estamos. Pero. Escribir nos abre a una forma de entendimiento y las preguntas siempre fueron mi acicate. Llegó el momento de enfrentar la cosa, basta ya de tanta impotencia, de tanta frustración y furia.



No me queda otra.

Contarlo por escrito es lo único que puedo hacer para simular que mi vida está en mis manos aunque a cada paso me la vayan borrando.

Será una aventura más después de todo.

DOMINGO

Sé que hoy es domingo pero perdí noción de la fecha. Ellos sólo me marcan algunos días de la semana. Lunes, jueves y sábados: malditos. Ahora el aire se ha hecho cálido, huele a primavera. Entonces fue hace más de seis meses que nos tomaron por asalto, justo en medio del baile, en medio de la noche. No les resultó difícil. Íbamos navegando con dulzura, bogando casi, y el río apenas golpeaba los flancos del Mañana. Del barco llamado Mañana y también de nuestro mañana, nuestro futuro, porque del ayer ya habíamos dado buena cuenta a lo largo de cinco días de seminario flotante. Pero en el momento del asalto estábamos en pleno jolgorio y no había derecho, no había derecho, como bien le enrostró alguna de nosotras a alguno de ellos cuando se calmó el zafarrancho y pudimos percatarnos de lo que acababa de ocurrir. Si realmente tenían que hacerlo —si la orden era tan inquebrantable— podrían haber elegido otro momento, descolgándose por ejemplo durante alguna de las discusiones más pesadas.

Lo hicieron justo durante el baile, en lo mejor de nuestro cónclave que

entre nosotras y con buena dosis de ironía llamamos el Pecona, Primer Encuentro Confidencial de Narradoras. Nos cayeron encima cuando las desavenencias ya habían sido limadas, cuando ya nos habíamos peleado con el lenguaje y habíamos jugado con él y nos habíamos revolcado y hasta chapoteado en las palabras como en tiempos preverbales, y para festejarlo bailábamos como locas meneando la cintura; si bailaba hasta Ofelia que está en silla de ruedas...

En una primerísima instancia los recibimos con alegría. ¡Hombres! nos entusiasmamos, ¡hombres!, como si fueran el maná descolgado del cielo. Todo lo contrario. Más bien descolgados del agua, de las mansas, espesas, hasta entonces amigas aguas del anchuroso río que nos atacó a traición y permitió a los esbirros acercarse sigilosos al barco en sus botes de goma, negros ellos y negros los botes. Negros de indumentaria, porque de piel eran cualquier cosa, tostaditos los más jóvenes y los otros del despreciable blancor de quienes tienen el mando. Pero cuando enfundados de negro irrumpieron de golpe en el salón comedor —habíamos desalojado las mesas para el sarao— nos parecieron divinos. Mejor dicho a muchas de nosotras

algunos de ellos nos parecieron divinos. O al menos bienvenidos. Para el baile y para otros devaneos del cuerpo los hombres suelen ser bienvenidos. Al menos para muchas de nosotras, como Ofelia que fue la primera en atinar a acercárseles, silla y todo.

¡Voto a bríos! gritamos, y gritamos ¡al abordaje! en cuanto salimos de la sorpresa y creímos poder invertir los términos y abalanzarnos sobre quienes minutos antes y tan silenciosamente habían invadido nuestro barco. ¡Al abordaje! gritamos como queriendo dar vuelta el naipe, y ellos más que piratas parecían lo que eran, tropas de asalto. Adela que hacía de disc-jockey se pasó al heavy metal y por unos instantes fantaseamos con que los hombres de negro habían venido a revolearnos por los aires como en el rock'n roll de épocas pretéritas.

Revolearnos por los aires, sí, ésas eran sus intenciones pero para nada relacionadas con algo placentero.

En un principio los invasores no supieron reaccionar ante nuestro despliegue de entusiasmo. Cuando hacemos fiestas hacemos fiestas, nosotras las narradoras. Ellos primero se detuvieron, sorprendidos, y

después empezaron a avanzar en fila india, bien pegados a las paredes para acabar rodeándonos. No parecían feroces hasta que el jefe del pelotón se puso a escupir órdenes. Porque se trataba de un pelotón, no nos cupo duda, y si al principio recibimos sus efluvios de testosterona con risas fue porque nos agarraron con la guardia baja, en plena celebración de despedida y algo achispadas para colmo.

En el primer instante de desconcierto alguno de los más jóvenes hasta habría salido a bailar, desprevenido. Habría tomado a alguna de nosotras por la cintura y vaya una a saber el desenlace. Pero el jefe supo reaccionar a tiempo. El jefe. El mismo a quien al rato debimos tratar de Capitán, como si al barco le faltara capitán, o mejor dicho capitana, de eso ya hablaremos en cuanto nos dejen hablar —si nos dejan, si no nos cortan la lengua que buenas ganas tendrán, se les notó en los ojos.

Nos dieron vuelta la página. Borrón y cuenta nueva dijeron y fuimos nosotras las borradas. Dieciocho narradoras nacionales borradas del mapa literario de un plumazo.

Estoy tan furiosa que ni siquiera puedo contarle como corresponde, carajo de mil carajos, y eso que lo vengo intentando desde que empezó mi encierro.

Es como si la desesperación y la impotencia se me hubieran ido evaporando con el tiempo. La furia en cambio no. La furia perdura: es un buen combustible para seguir adelante con estas anotaciones. La furia es inflamable, lo sé porque me quema las tripas, y si todas mis anotaciones acabarán siendo borradas al igual que nosotras, más les vale arder en una gran pira de furia y no a fuego lento como ellos pretenden, sofocándonos.

Ustedes son mujeres, a las mujeres no les interesa el intelecto; no piensen más, disfruten la soledad, hagan gimnasia, preocupense por su apariencia. Más o menos eso nos dijeron, para sintetizar, aunque ellos carecen de todo poder de síntesis, son desbordados y feroces y. Ellos, quienes tienen ahora la manija, no son sólo hombres, ojo; me lo debo repetir a cada paso para no caer en fáciles dicotomías. Ellos son el poder, hombres y mujeres enfermos de poder, recordarlo siempre; ellos son la ley y es una ley de mierda que nos persigue sin motivo, sin dar explicaciones. ¿Por qué?

Nos plantaron droga en el Mañana, nos plantaron armas de todo calibre y de última generación. Nos acusaron de terroristas, de brujas, de lesbianas todas, y conspiradoras. Nos plantaron hasta una sarta de electrodos diz que para fabricar bombas. No plantaron más porque no cabía.

Y lo hicieron con el mayor sigilo, mientras nosotras con gloriosa displicencia bailábamos en el comedor y en el castillo de proa, honrando al mascarón que cortaba las aguas del río con las tetas enhiestas. Bailábamos todas, hasta Ofelia en su silla, bailaba desde la capitana hasta la última grumete, un barco enteramente tripulado por mujeres, era para el festejo.

En la madrugada llegaríamos a la ciudad de Corrientes, Nuestra Señora de las Siete Corrientes, era exultante, le bailábamos a eso, no a la Virgen de los Siete Dolores en la que nos habríamos de convertir las dieciocho narradoras al rato.

Los hombres tiraron escalas de cuerda a cubierta, treparon enfundados en mamelucos negros; hasta había algunos con trajes de neopreno.

Y cuando pudieron desprenderse de nuestras exclamaciones iniciales, cuando lograron recuperar su identidad siniestra, empezaron a escupirnos

calificativos rastreros, injuriosos desde su punto de vista. Y con enorme asco nos gritaron lesbianas, y brujas, y subversivas, terroristas, guerrilleras. Como si no hubiéramos entrado hace rato en el tercer milenio, como si ya los roles no fueran otros.

Alguna lesbiana había entre nosotras, por supuesto. Quizá habría alguna bruja nostálgica, para no hablar de transgresoras y vaya una a saber qué más. Terroristas o guerrilleras de la palabra, pero sólo eso. Formábamos un grupo ecléctico y estábamos contentas. Fue la última vez que estuvimos contentas.

Hasta habíamos encendido unas bengalas para agradecer al cielo la culminación del encuentro. ¡Balas trazadoras! declararon los esbirros en el somerísimo juicio que resultó ser una patraña total, una enorme mentira para calmar los ánimos de quienes no podían entender por qué eran perseguidas las escritoras más reconocidas del país.

Lo otro nunca salió a luz, nadie ni siquiera insinuó la verdadera razón del secuestro. ¿Qué tipo de amenaza se supone que representamos? Ni nosotras mismas entendimos. Sigo sin entender. Si sólo habíamos estado barajando propuestas, intentando abrir espacios de reflexión, ideas sueltas

que se nos iban ocurriendo para ahondar en nuestro oficio. Jugando con el lenguaje, apropiándonoslo. Nada más. Nada menos, habrán decidido ellos a nuestras espaldas. Ahora tenemos todo el tiempo por delante para reflexionar a fondo —porque es lo único que podemos hacer aunque nos lo prohíban: ¡No piensen! nos conminaron y nos seguirán conminando no sabemos hasta cuándo. Tenemos todo el tiempo por delante, sí, pero es un tiempo asfixiado y la reflexión no sale. Si sólo pudiéramos comunicarnos entre nosotras al menos por algunos minutos, si estas palabras pudieran llegarle a alguna de las otras. Pero me consta que no le llegarán a nadie.

Al principio de mi encierro me distraje tratando de tirar a las terrazas vecinas flechas armadas con hojas de los pocos libros que me dejaron —un intento desesperado, vandálico— pero se ve que nadie quiere involucrarse, seguro les lavaron el cerebro, y ahora las dieciocho narradoras del Encuentro somos anatema, estamos apestadas, somos subversivas; eso en cierta medida nos honraría si no tuviéramos que sufrir este arresto domiciliario inimaginable y perverso.

Suerte que estoy rodeada de objetos que amo. Pero hay días y sobre todo noches en que llego a detestarlos. En medio de alguno de mis ataques de furia reventé más de un cacharro contra la pared, y eso que eran recuerdos de viajes y algún recuerdo de esa familia mía tan exigua de la que no queda casi nadie. Más de una vez sentí el impulso de reventar todo o reventarme la cabeza o tirarme de la terraza. Hasta que un buen día, sospechándolo, instalaron una altísima alambrada, espesa, enjaulante, que me desespera. Y tuve que pagarla de mi propio bolsillo.

Preparamos el Encuentro con un año de antelación. Era nuestra oportunidad de juntarnos a puertas cerradas e intercambiar ideas y diseñar algún proyecto común y evaluar los triunfos. Porque triunfos hubo a lo largo de las últimas décadas, y son (¡eran!) muchos. Además la intención era divertirnos, compartir entre pares ese juego exultante y tantas veces frustrante del acto de narrar, el producir algo de la nada peleando contra las barreras de lo indecible y esas cosas.

El primer congreso a puertas cerradas de escritoras del país, sin críticos ni académicos ni siquiera público o propósito publicitario alguno.

Sonaba interesante, a qué dudarlo. Seminal como dijo alguna. Asistirían por invitación no las más renombradas, no, sino las más jugadas. El comité organizador estaba formado por muchachas llenas de entusiasmo, algunas ya en su tercera novela, y necesitaban que el encuentro saliera lo mejor posible.

La propuesta parecía más que ambiciosa, hasta pretenciosa casi, pero la apoyé con ganas. Era una regia oportunidad para encontrarme a solas con mis pares y por fin concentrarnos en hablar de lo nuestro, es decir del lenguaje.

¿Fue el Mañana una caja de Pandora? En eso pretendieron convertirlo ellos, agentes de la represión, esbirros o lo que fuere porque vaya una a saber qué apelativo darle al enemigo.

Nuestra meta final era la ciudad de Corrientes donde muchas de nosotras desembarcaríamos para tomar el primer avión de regreso a la Capital donde nos esperaban obligaciones de todo tipo.

Seguirán esperando.

El arresto domiciliario de las que son madres es en familia, claro, pero tengo entendido que sufren aún más vigilancia que las solteras o que las

divorciadas como yo. Cuando nos sacan a tomar aire debemos salir a la calle con chador, cosa que ya no llama la atención porque el chador se ha puesto de moda, cada vez más mujeres lo usan y no son escritoras, todo lo contrario, y los maridos y novios y amantes (pero me temo que quedan pocos de los últimos, la cosa se ha vuelto a más no poder conservadora, hay casamientos masivos según tengo entendido) las prefieren así, recatadas y propias.

A mí, más que los actos me importan las palabras con las cuales se designan esos actos, las marcas indelebles. El velo es de quita y pon, el adjetivo “veladas” nos cubre para siempre.

Nací rebelde, ¿y ahora qué?

Esto nos pasa por embarcarnos en el Mañana, una nave engañosa con nombre de doble filo. ¿Cómo traducirlo? La mañana de género femenino es esta que transcurre ahora, se nos va entre las manos y mañana vendrá otra, y vendrá un mañana neutro sin género específico que es sólo el día siguiente: mañana te espero, mañana por la mañana. En cambio *el* mañana lo tiene todo, tiene la promesa de un futuro mejor, “el mañana llegará y seremos otros” dice el poema, y nosotras acá siendo otras, sí, en un mañana

lechoso hecho de nubarrones inciertos donde nos han clavado como mariposas con el alfiler de un nombre, el mismo del que se burlan los muy productivos anglófonos: Mañana, mañana, nos dicen en nuestra propia lengua, como sinónimo de promesa que no habrá de cumplirse jamás.

Ahora intentaré dormir, ya no doy más. Mañana (retomando el vocablo) será otro día tan igual a mis días anteriores pero seguiré escribiendo, hasta el último aliento seguiré escribiendo, es decir hasta el próximo sábado cuando venga la cancerbera a borraré todo, y escribiré de nuevo y otra semana de nuevo y de nuevo y una marca quedará en esta pantalla que se torna totalmente gris y luminosa, se ríe de mí la pantalla, y yo la seguiré marcando como quien con agua escribe sobre la piedra y un día, un día la piedra aparece burilada. No tengo tanto tiempo. No tengo milenios y es como si los tuviera. El tiempo detenido es *todo* el tiempo.

LUNES

A las 6:25 estaba ya al pie del cañón aunque no había logrado cerrar el ojo durante toda la noche. ¿Quién puede dormir con la excitación de la escritura que finalmente parece fluir a pesar de todo? Pero no es cuestión de distraerse. El vareador, como lo llamo, pasaría a buscarme, importaba estar lista para que no se le ocurriera entrar y espiar lo escrito.

Lo esperé tras la puerta hasta con el velo puesto, un chador negro de los clásicos, no me resistí como tantas veces, no discutí ni nada. Yo que siempre defendí la idea de dar la cara, ahora debo cubrirmela. Al guardia que suele venir a buscarme para el pseudopaseo lo llamo el vareador porque me siento como los caballos del hipódromo, sólo me falta el cabestro, me lleva libre sólo en apariencia, a él me ata algo así como una cuerda invisible que ni yo entiendo bien cómo funciona. Durante la caminata, ¿por qué no tratamos de escapar a toda carrera, las escritoras encerradas? ¿Qué nos/me retiene? Ahora estoy en arresto domiciliario y tengo que usar chador para salir a la calle, sólo se me ven los ojos. Siempre acompañada,

claro, para un paseo higiénico que no se parece en nada a aquellos de los conscriptos de illo tempore que salían a buscar prostitutas y coger era entonces lo higiénico. Eran hombres. Para nosotras las escritoras, las muy pecadoras, lo higiénico es salir a dar unas vueltas por el parque: un poco de ejercicio y aire fresco, dos veces por semana durante la semana, al alba, cuando no llueve. En eso nuestros represores son considerados, acatan los ideales reaccionarios pero nos quiere vivas y sanitas. El ojo del mundo parecería estar puesto en ellos, en nosotras, pero el ojo del mundo no nos defiende, sólo nos mira como bichos bajo el microscopio, como campo de pruebas. Intentar una improbable huida durante esas caminatas sería sólo buscar más complicaciones hasta para nuestros conocidos más remotos. Lo pienso bien, lo pienso y lo repienso y no le veo escapatoria. Hoy escribo, por fin; escribir es una forma de huida pero yo me siento como caballo que apenas sacan a pastar, a varear, y no me espera carrera alguna, sólo un estancamiento en cuarteles de invierno, en mi propio paddock que por suerte tiene terraza al sol que si no.... Me varean cuando todavía está oscuro y no me cruzo casi con nadie pero hoy, nos tienen congeladas,

mudas. Según me sopló el vareador, nuestros libros ya no se encuentran en librería ni biblioteca alguna, es como si nunca hubiéramos sido publicadas.

A menudo pienso en Praga, la ciudad que Hitler preservó con la intención de dejarle al mundo un museo de la raza desaparecida. Lo nuestro es otra cosa pero le veo analogías. Por lo que sé, el resto del mundo sigue publicando a sus mujeres novelistas, un poco más amansadas, quizá, pero las sigue publicando. Qué habría dicho por ejemplo Susan Sontag, me pregunto, si aún viviera.

Alguna de las nuestras quizá se quebró y juró renunciar a la escritura. O, cambiando su rumbo, alguna puede que haya aceptado las reglas impuestas, consagrándose a escribir insípidas novelas que giran en torno a recetas de cocina, a los mundos mágicos, los amores edulcorados, las autocomplacencias varias, las tropicalidades, las viejas historias de amantes de los próceres.

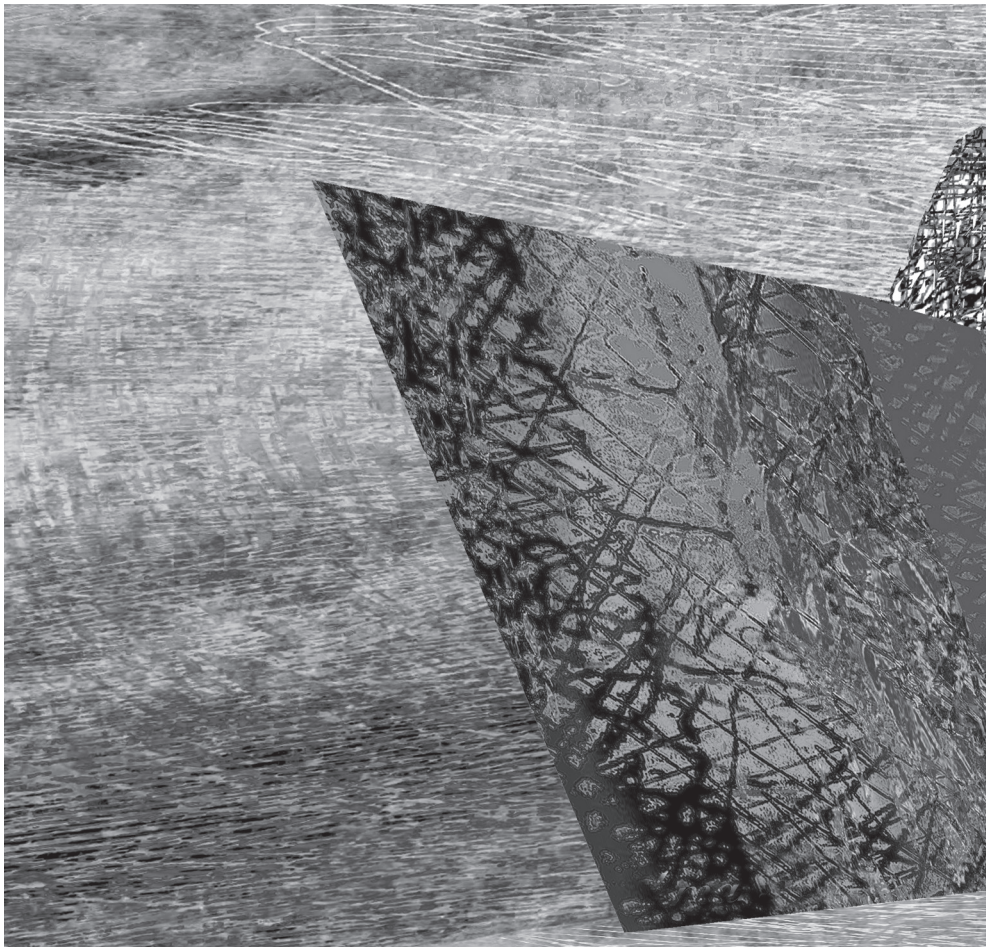
Yo no. Yo siempre escribí con alma de espeleóloga intentado internarme en las cavernas. Me gustaría seguir así aun sabiendo que al rato vendrán a borrármelo todo. Escribir como un vómito. Al principio del encierro me

dio por ser furiosa y mordaz y subversiva y putear de lo lindo por escrito, sólo eso. Echar tacos como dicen los españoles. Ahora ni ese impulso me alienta, ahora sólo quiero dar testimonio aunque queden apenas cuatro días y dentro de cuatro días ¡plop! el testimonio desintegrado en el aire de un solo clic, como quien pincha un globo. Este clic lo haré yo antes de que llegue la cancerbera, para no darle el gusto. Porque se ve que cierto placer le depara el borrar. Nunca faltan las resentidas. El mundo parece estar lleno de resentidos, corruptos, renegados. Y dale de nuevo con la queja, y me detengo porque ya estas cosas las anoté y borré, anoté y borré hasta el hartazgo. Convendría hablar del fundamentalismo que ahora parecería regir los destinos del mundo, pero la sola mención de la palabra me da arcadas y no quiero perder el tiempo corriendo al baño.

Prefiero meterme a recordar los buenos viejos tiempos cuando empezábamos a elaborar ideas nuevas, desestructurantes. Y así acabamos. Mierda.

No quiero volverme omnipotente. Ni sentirme poderosa pensando que hago (podría hacer) mella. Un poder espurio pero poder al fin que

el sistema nos confiere, muy a su pesar, ocupándose tanto de nosotras. ¿Cuántas persistiremos en este baile no-baile en el que nos han metido después de cazarnos como ratas en el baile? A bordo del Mañana, del barco se entiende pero también un poco al borde de un futuro donde habríamos de cobrar más cuerpo.





MARTES

NO SE ASUSTE
ESTOY AQUÍ PARA AYUDARLA
POR FAVOR NO SE ALARME
NO GRITE VINE A AYUDARLA
SOY OMER KATVANI DE ISRAEL
ME RECUERDA?

Medusada es la palabra que Elisa Algañaraz habría elegido de haber podido expresar su horror, su desconcierto. Era martes, nadie vendría a molestarla, había logrado por fin dormir con ganas después del insomnio de las noches anteriores y a las ocho de la mañana se sentía fresca, dispuesta a zambullirse de nuevo en la escritura sin prestarle atención a sus patéticas circunstancias. Encendió no sin cierta animación la vieja laptop y antes siquiera de entrar en el obsoleto WordStar, el único programa del que disponía, se encontró con semejante mensaje y lo leyó de nuevo:

NO SE ASUSTE
ESTOY AQUÍ PARA AYUDARLA
POR FAVOR NO SE ALARME
NO GRITE VINE A AYUDARLA
SOY OMER KATVANI DE ISRAEL
ME RECUERDA?

Apretó todas las teclas posibles sin resultado alguno y poco a poco cayó presa de una parálisis que le empezó a avanzar desde la punta de los dedos hasta anegarla por completo. Medusada, entonces, como quien ha visto sin querer la atroz cabeza de serpientes y se ha convertido en piedra. No grite, decía la advertencia, como si hubiera podido gritar o reaccionar en forma alguna ante tamaña intrusión del más allá.

ÓMER

Los grandes acontecimientos muchas veces se generan o pergeñan en tiempos y lugares distantes del desenlace en sí, y en la parálisis de quien ha quedado petrificada por el terror —Elisa Algañaraz— podemos atisbar escenas que otro personaje quizá esté rememorando, en ese preciso instante, a la espera de algo que aún no se define porque también está en freeze frame, en un congelamiento sólo en apariencia relacionado con la muerte.

Ómer Katvani, el personaje de marras, es consciente de que en el pasado vivió unos pocos encuentros que habrían de modificar el transcurso de su vida. Y fue en su Israel natal donde tuvieron lugar dos de estos encuentros providenciales. Los mismos que hoy por fin están a punto de entrar en contacto para amalgamarse, generando la percepción de una libertad nunca antes sospechada por él. Siente el cuerpo tenso a la espera del minuto propicio para salir del escondite tras las pesadas cortinas descorridas de un ventanal transpuesto unas cinco horas antes. Su cuerpo está alerta, sí, en el aquí y ahora, pero su mente —para matizar la espera dejando intoxicado

el reencuentro que habrá de producirse al rato— anduvo merodeando por otras latitudes del tiempo y del espacio, cuando allá lejos en Kele Ramle convivió con quien entonces se hacía llamar el Piantado.

De puro inverosímil que sonaba, la historia detallada por Esteban a lo largo de la Cornish corría el serio riesgo de ser cierta. Al menos era dable suponer que Esteban la creía cierta, a la historia. Por eso mismo, cuando Esteban le propuso mostrarle los pocos recortes que tenía al respecto junto con lo que había encontrado en la red, Ómer prefirió retirarse a la habitación con la excusa de echar un sueñito, queriendo quizá retener la historia escuchada en el nebuloso territorio de la pesadilla.

La cosa le había resultado casi un cuento de hadas. Invertido, donde las brujas eran las víctimas. Definición a cargo de Esteban, en realidad, cuando Ómer le señaló la calidad de fábula de todo el asunto.

¿Que estaban en arresto domiciliario varias escritoras del país más austral del mundo?

Te lo digo yo, que tengo la habilidad de meter la nariz donde menos se lo esperan y me enteré de toda esa matufia.

¿Pero a quién se le pudo haber ocurrido semejante disparate?

La gente pedía orden, puede ser por eso.

¿Y qué tiene que ver el orden con la literatura, y dónde fueron a parar sus libros, sus publicaciones?

Son cosas que no se saben a viva voz, pero la verdad es que la gente ocultó, quemó o enterró los libros de esas escritoras.

¿Cuál era el miedo, si los libros siempre son inofensivos?

No sabemos leer a fondo, creyó la gente, deben de encerrar claves, mensajes codificados, venenos contaminantes.

¿Y qué cuernos tenía que ver o hacer Ómer en todo esto?

Debía ir a investigar, Esteban le había dicho casi como una orden, Todas las objeciones posibles se le habían ido ocurriendo a Ómer en el trayecto, y no se había privado de decirlas.

¿Para contarán historias inverosímiles me hiciste venir?, porque ni te sueñes que voy a meterme en tus enredos, ve tú si quieres, es tu país.

Esteban lo rectificó: Mi país y *tu* amiga, porque ahora no te me hagáis el gallito, bien que te temblaba la voz —sí sí, yo soy sensible a esas manifestaciones

reblandecidas, mal que te pese— bien que te temblaba la voz, repito y no me desdigo, cuando me hablabas de cierta compatriota mía conocida escritora que se te reveló cierta noche y te cambió el destino y bla bla. Ésa propiamente, la misma sin ir más lejos, está metida en el quilombo y quién te dice no es una pieza clave, más te vale ir y tratar de comunicarte con ella.

¿Qué podía hacer entonces? Cuando conoció a la tal escritora, ella acababa de separarse de su marido, se sentía liberada y triste, pero sobre todo eufórica por una recuperada capacidad de creación de la cual hablaron largamente, Ómer con el fusil al hombro (de a ratos, cuando temía ser visto) y ella sentada sobre una pared baja, con las piernas colgando. Buenas piernas. Ella le había mencionado el departamento que había logrado comprarse, chico pero lleno de sol y con espléndida terraza, un piso 13, el detalle le había llamado la atención, en un barrio tranquilo cerca del río, y le había dejado la dirección “por si un día andás por allí” y él había atesorado el papelito sin por eso animarse a mandarle ni una línea. ¿Y ahora a él qué le cabía hacer? ¿Escarlar hasta la torre de la dama? ¿Rogar que ella le lance sus larguísimas trenzas para usarlas de sogas? ¿Y quién o qué

puede prohibir los sueños? ¿Y por qué no se iba Esteban a escalar paredes y lo dejaba a él retornar a lo suyo?

Ahora a ver, se dijo, qué es lo verdadero y qué lo contingente. Separar el trigo de la paja. Se imponía tomar una decisión y tomarla rápido. Por un instante se sintió hermano de Esteban: revividores ambos de lenguajes muertos a los cuales pretendían devolverles algún soplo de vida. Él en lo milenario y Esteban en lo ultramoderno y digital ambos intentaban traducir lo indescifrable. Y Esteban pensaba que había quienes habían avanzado por esos caminos confluentes y habían logrado llegar mucho más allá que ellos, sino ¿por qué motivos iban a meter presas a las narradoras aquellas? Esteban estaba seguro de que las escritoras esas habían dado con algún secreto, pero no un secreto de algo ya sabido sino de aquello por saberse, ¿cómo te lo explico, pibe? Quizá ni ellas mismas se desayunaron y ahora... ¿Todas las del grupo lo sabrán?, preguntó con cierta ingenuidad Ómer, ¿todas?

—Bueno, quizá alguna, viste, pero siempre pagan justas por pecadoras, qué se le va a hacer. O quizá sí, todas, porque si ni se dieron cuenta, si se metieron en los andurriales de un saber prohibido...

—Difícil de creer y por lo tanto fascinante, intercedió Ómer. ¿Qué papel jugaba él en todo esto? Tenemos que armar un operativo para desmontar el perverso mecanismo, había dicho Esteban. ¿Vos y yo, solitos, contra los poderes del Estado?, excelente proyecto, había retrucado Ómer. Bueno, podemos armar una vasta red, eso déjalo por mi cuenta, prometió o mintió Esteban.

—¿Quieres liberar a todas las escritoras presas, a mi amiga también?

—Quiero saber. Yo estoy metido hasta las verijas en los lenguajes, hago hablar hasta a las máquinas, y no conozco, porque nadie conoce, la verdadera voz humana, sólo la palabra, esa advenediza. Necesito saber qué saben ellas, o qué intuyeron. O qué creen los otros que ellas intuyen o saben o. Bueno. Eso. Vos, si querés, libéralas; yo sólo necesito averiguar.

Y no era mentira, entendió Ómer; ni exageración ni nada parecido,

A la mañana siguiente, mientras iban armando la lista de los materiales necesarios, Ómer intentó traer a su amigo a una realidad inevitable. ¿Te das cuenta, le preguntó, de que lo que tú pretendes encontrar es la respuesta al máximo enigma de la filosofía? Desde Aristóteles, nada menos,

hasta nuestros días, hasta Agamben qué quieres que te diga, pasando y no es de desdeñar por Hegel y por Heidegger para mencionarte a los más, todos toditos queriendo descifrar el problema del ser que es el del lugar del lenguaje. Ya lo dijo un estudioso, el lenguaje es el sitio clave, de todos los misterios: el lugar donde se anuda y representa el drama humano fundamental. Y tú crees que ahora vas a atravesar solito esta pared contra la cual el hombre se viene dando de cabeza desde hace milenios. —El hombre puede ser, che, pero ésas son mujeres, ¿viste?



MARTES (CONT.)

En cuanto pude moverme fui apretando todas las teclas pero la pantalla permaneció inmovible. NO SE ASUSTE me decía la pantalla, y yo claro cada vez más aterrada como si hubiera un fantasma en mi asoleada casa. No podía tratarse de nuestros muy humanos —inhumanos— represores porque ellos en efecto quieren asustarme y además siempre usan el voceo; al puro voceo te tratan para peyorizarte, si hasta Gerardo Sánchez el portero que solía ser tan respetuoso, antes, ahora me dice Tomás, che, vos; me lo dice así, como con rabia, cada vez que tiene que subirme compras del supermercado.

Todo esto pasó a gran velocidad por mi cabeza, disparada entre excitación más loca y el espanto, ¿qué era ese mensaje, quién y sobre todo cómo se habría metido ese quién en mis archivos? ¿Y todo lo que escribí ayer y anteayer, recuperaré lo escrito, qué información incriminatoria habré anotado yo allí, qué dije que pueda condenarme para siempre, cómo...? de golpe la pantalla cambió y en letras enormes reforzó el mensaje:

SOY OMER KATVANI DE ISRAEL
SE ACUERDA DE MÍ?

Me dio tiempo para pensar, Ómer, Ómer, sí, Ómer Katvani, claro, el congreso internacional de escritoras en Jerusalén, las agresiones en el kibbutz porque defendíamos una posición de independencia iconoclasta, esas cosas, el muchacho tan decidido que se pasó de bando y se unió nosotras; ahí sí que fuimos subversivas, quién hubiera dicho, cuánta confianza intercambié con ese joven Ómer durante casi toda una noche tomando té de menta, qué cerca lo sentí, cómo habrá hecho para meterse en mi computadora desde tan lejos ahora que no tengo forma alguna de ingresar en la red.

El recuerdo me sacudió de la parálisis y logró despertarme una especie de sonrisa nacida del alma. La sonrisa se me congeló y quedé mostrando los dientes porque de golpe las letras volvieron a cambiar solitas, como quien da vuelta la página:

MIRE A SU IZQUIERDA,
POR FAVOR

leí, y sentí el cuello rígido y la mueca brutal, la necesidad de salir corriendo y no tener dónde ir, y de nuevo la imposibilidad total de moverme.

Por fin pude hacer girar la silla, muy despacito, sin un solo pensamiento, la mente hecha puré, los pies de trapo.

Y allí nomás estaba ese lejano Ómer, asomando entre las cortinas recogidas del ventanal, con una sonrisa de enorme picardía pero también inquieta.

Su voz me sacó del estupor:

—Hice lo posible por no alarmarla —dijo.

NO SE ALARME NO GRITE, me había dicho la compu, nosealarmenogrite, la advertencia como una sola palabra me titilaba en la retina y yo con todo señorío y autocontrol no me alarmé ni grité, hice algo del todo inesperado, me largué a reír y reír a carcajadas, reí y reí y no pude ni emitir palabra, traté de preguntarme por qué me causaba tanta gracia todo esto y la pregunta me hacía reír más, estuve como mil horas riendo, doblada en dos, me saltaban lágrimas de los ojos, casi ni podía respirar, creí que me iba a morir de risa, literalmente morir. Intentó sentarse a mis

pies pero no pudo y eso me causó todavía más gracia porque no parecía un hombre sino un artefacto ambulante, con su traje lleno de bolsillos llenos y un arnés con mosquetones, toda una parafernalia imposible de asimilar a simple vista.

Tuvo que irse sacando los fierros de encima como quien se despluma. No. Como meccano oficiando un strip-tease, como robot que va desprendiéndose de sus piezas hasta develar su alma es decir un cuerpo muy humano.

Sólo entonces pude ponerme de pie y serenarme un poco, jadeante todavía. Y él me pudo abrazar, de puro conmovido nomás, y si alguna lágrima se soltó por ahí prefiero pensar que fue por culpa de la risa.

Como si hubiéramos corrido los mil metros llanos, como si hubiéramos escalado el Aconcagua, jadeantes y casi sin aliento nos echamos sobre el sofá de mi estudio.

—Vos corriste los mil metros llanos, vos escalaste el Aconcagua ¿cómo llegaste hasta acá?

—Algo de eso hubo.

—Estoy muy vigilada.

—Estuve en el ejército israelí, ¿recuerda?

—Sí, pero creí que eras poeta.

—Aquella noche en Jerusalén mencionamos las contradicciones, paradojas.

—¿Cómo llegaste hasta acá? ¿Y por qué?

La curiosidad mató al gato, dicen los ingleses. En mi caso la curiosidad estaba matando el milagro. Piso 13, arresto domiciliario, vigilancia las 24 horas (me la cobran como gastos de consorcio), y frente a mí tengo un hombre plagado de bolsillos que me sonrío como si su presencia en mi hábitat fuera del todo natural y yo insistiendo en saber cómo y por qué en lugar de permitirme la felicidad y el agradecimiento.

El agradecimiento vendría después, en oleadas cada vez más dulces.

En un principio él no me dejó expresarlo.

—Entré en medio de la noche, ¿nunca oyó hablar del hombre araña?

—Oí hablar del peligro.

—Pan comido. Ejército israelí, no lo olvide.

—Muchos kilómetros de Israel hasta acá, muchos años sin vernos ¿cuántos años?

—Once años —me dijo él—, pero hay gente a quien es imposible olvidar —me dijo él—, porque de golpe es como si a uno le hubieran dado vuelta el eje. Alguien puede pasar un minuto por la vida de uno, una hora, cinco o seis horas como en su caso, y uno ya no es más el que era antes uno queda mirando en otra dirección y ya empieza a vislumbrar cuál es su norte, el norte propio, el irrenunciable. Por eso estoy acá.

—Es muy peligroso.

—Justamente. Voy a tratar de hacer algo al respecto. Para ayudarla. Si no hubiera estado usted en peligro lo más probable es que nuestros caminos nunca se habrían vuelto a cruzar.

Mi confusión perdura. Pasé meses casi casi sin hablar y de golpe se abre una inesperada compuerta. Quería decírselo todo, pero más mucho más necesitaba que él me lo dijera todo a mí y él de golpe se volvió parco. Reticente. Le empecé a ver rasgos endurecidos por el paso del tiempo, la mandíbula del todo firme, los ojos de un verde metálico o quizá grises,

cambiantes, el derecho con la pupila para siempre dilatada que le da una expresión de soñador empedernido, y ese nuevo tajo profundo surcándole la mejilla. Caracortada, le dije como para paliar un poco cuando ya empezé a inundarme la ternura.

Él tan joven, tan joven, ¿qué hacía acá en mi cárcel?

Todo lo necesitaba saber, yo, y me daba miedo que el tiempo no alcanzara para contestar tanta pregunta. ¿Hasta cuándo se quedaría, por cuánto tiempo lo tendría para mí, cuánto tiempo podría permanecer acá sin ser descubierto? ¿Podríamos salir juntos? Era la más imperiosa de todas las preguntas y la que menos me animaba a formular.

La desesperación de querer aprehenderlo todo sin saber qué podría hacer yo con ese todo.

Ómer empezó por poner orden. Se ve que él también necesita saber, aunque casi ni formuló preguntas, sólo esa expresión algo interrogante, una ceja apenas levantada, esas cosas, y yo hablé y hablé, resumiendo la experiencia que empecé a anotar anteayer. No pareció conformarse con la narración de los hechos que culminaron en mi encierro, parecía buscar

algo más, pero a fuerza de no preguntar me dejó espacio para seguir a mi vez indagando. ¿Cómo había logrado llegar hasta mi encierro?

Tengo entrenamiento, me dijo, y agregó que en un tiempo había trabajado para el Mossad.

No cupe en mi asombro y quise saber por qué los servicios secretos israelíes se interesaban por mí, si ni siquiera soy judía. Pero él sólo me lo había dicho para darme a entender que esa increíble pericia para escalar muros y penetrar recintos cerrados no le era innata, era pura formación adquirida. El Mossad es parte de mi pasado lejano, me dijo; hace mucho que el Mossad no, todo lo contrario, ahora estoy en otra cosa. Por usted me intereso yo y con eso basta.

Había trabajado... Y ahora ¿qué? ¿Para quién trabajaba? No pude sonsacarle más información. Él me hizo hablar a mí y buena falta me hacía hablar, así que hube de conformarme con los pocos datos que me fue tirando, y tuve un tiempo para rumiarlos y examinarlos por todos los costados mientras él se daba una buena ducha y yo aprovechaba para cambiarme rápido y peinarme y arreglarme dignamente con los maquillajes que yacían

ahí inertes sobre mi cómoda desde el momento del encierro. Después fui a prepararnos café y se me ocurrió hacer una omelette de queso que siempre me sale bien.

—Afeitado —me asombré cuando se asomó a la puerta de la cocina. Metió la mano en uno de sus incontables bolsillos y sacó una afeitadora a pilas, extrachata. De otro bolsillo sacó algo que parecía ropa interior, bien limpia, y con mi antiguo desparpajo estuve a punto de preguntarle dónde escondía los condones pero me pareció por demás irreverente. Joven y todo como era, sentado a la mínima mesa de la cocina tenía a mi héroe, devorando la omelette.

Nunca hubiera pensado que llegaría el momento de formularme, aunque más no fuera mentalmente, esa breve y rotunda frase: mi héroe. Mi héroe, qué concepto, y sin embargo ahí lo tenía frente a mí como llovido del cielo, manducando a cuatro carrillos, comiéndose toda mi ración de pan hasta el lunes próximo. Bienvenido. ¿Cómo se llamará esto que estoy empezando a sentir?

Se me agolparon preguntas más concretas:

—¿Cómo metiste esos mensajes en mi laptop? ¿Cómo pudiste?

Calma calma, me hizo él con la mano mientras intentaba tragar de golpe. Calma. Como si tuviéramos todo el tiempo por delante.

Al menos hasta la noche tenemos, me tranquilicé mientras le preparaba una sopa instantánea. Durante el día no va a poder salir de esta casa por más artilugios, entendí.

—La verdad es que me hizo usted esperar mucho —dijo cuando por fin pudo echarse para atrás en la silla y eructar con la mayor discreción posible.

Me dejó sin habla. ¿Esperar?

—Hace días que ando rondando su casa. Hace semanas que estoy armando esta visita. Pero no hablo de esa espera, no.

—¿Rondando mi casa?

—Vestido normalmente, no se alarme, este equipo sólo lo uso para ciertas ocasiones bien puntuales. Puedo pasar por reparador de antenas ¿no le parece? Recuerdo su atracción por los disfraces. Bueno, esto si alguien me pregunta, es mi equipo para escalar antenas, postes, arreglar hasta las luces de la calle. También los ascensores, vea.

—Y arreglar computadoras.

—Para eso se necesitan conocimientos más especializados y alta tecnología...

—El Mossad.

—No lo mencionemos más, me da asco o vergüenza. La verdad es que no se necesita demasiada ciencia para eso de la computadora, se necesitan ciertos elementos sofisticadísimos que, bueno, me los han proporcionado. Quizá podría emplearlos para otros fines, pero como bien sabemos los medios justifican el fin.

—Me tranquilizás.

—Eso no es todo. Logré entrar como a las cuatro de la mañana. Linda hora, uno puede hacerse invisible. Y liviano.

¿Liviano, con tanto ferramento encima? me asombré porque ya nos habíamos desplazado al estudio y ahí sobre el piso estaban los implementos de su escalada. ¿Y armas, me pregunté, habrá armas en esa pila de metal y sogas de nylon? No parecía haberse desprendido de las armas si es que las portaba. Pero es sabido que un buen cazador nunca se separa de su rifle.

—No salgás de acá a los tiros.

—Usted dormía tan pero tan profundamente. Me senté a su lado en la cama. La estuve mirando por un largo rato.

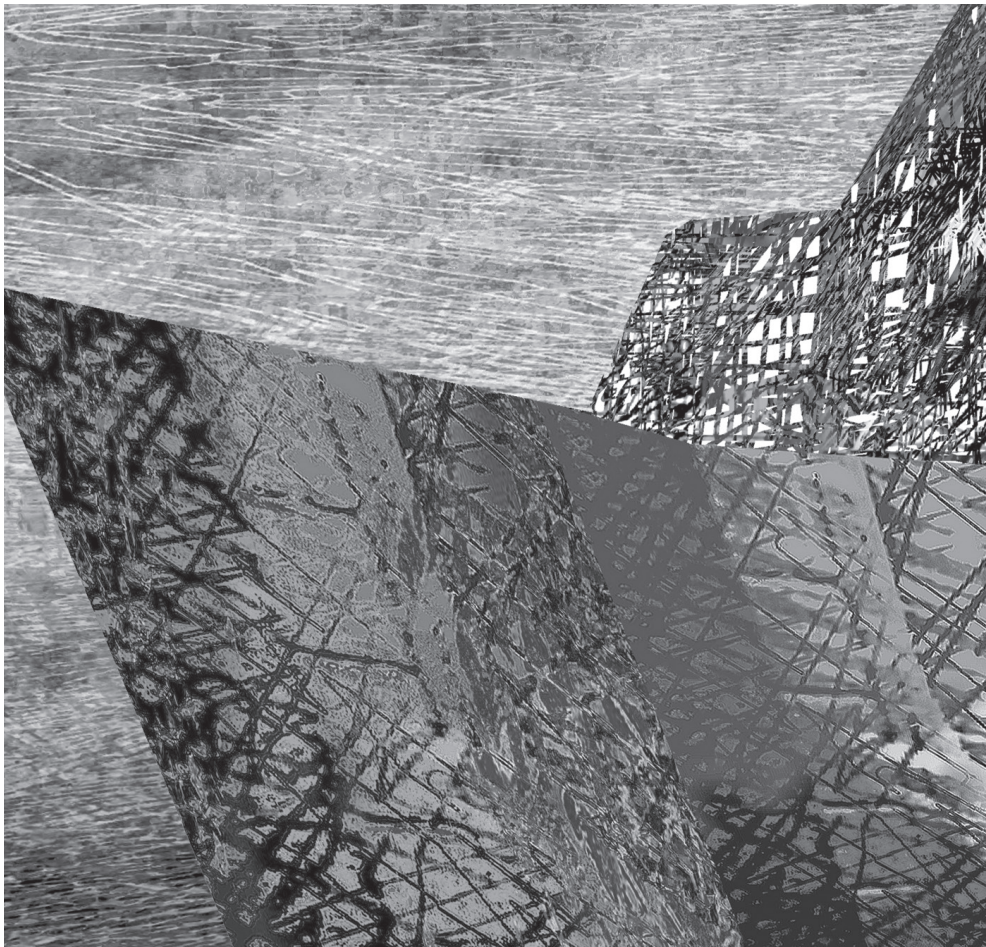
La idea me preocupó. Desde el punto de vista estético, claro. A mis años, toda desarreglada, con los pelos a la miseria. Me defendí:

—No me hagás el cuento. De noche en mi dormitorio no se ve nada, necesito dormir en la oscuridad total, no dejo filtrar ni una gota de luz, no me digas que me estuviste mirando.

—Para eso están los lentes infrarrojos. La observé dormir, y después me metí con ese mamut antediluviano que usted llama laptop, y por fin tras las cortinas esperé y esperé y esperé a que usted se dignara despertar. No quería alarmlarla, necesitaba evitar un alarido o algo por el estilo, pero también, la verdad, quería darle la sorpresa, me encantaba la idea de poder darle una sorpresa, a usted nada menos que me sorprendió tanto cuando la conocí, usted que me llevó a la sorpresa de mí mismo porque supe después de conocerla que yo no era el que creía haber sido hasta entonces. Era mucho mejor, quizá.

Ómer habló y no pude dejar de escucharlo, casi en éxtasis, y también yo hablé y hablé, y traté de darle la información que sin decirlo era obvio que había venido a buscar, pero qué podía aclararle yo de los motivos ocultos de nuestros esbirros; nuestras actividades habían sido las usuales, nuestras propuestas y discusiones las de siempre, quizá ahondamos un poco más en los temas de siempre entre escritoras, quizá tocamos algún punto nodal, pero eso era cosa de la percepción de cada una, de las diferentes sensibilidades, yo ni me di cuenta. La verdad es que los esbirros nos hicieron todo tipo de acusaciones falsas, sinteticé por fin. Nos plantaron todo tipo de armamentos y parafernalias para hacernos pasar por terroristas. Ya lo sé, supo decirme él con un tono que me dejó sospechando que quizá suponía que terroristas éramos, en algún sentido, y eso más bien le resultaba estimulante. O al menos atractivo.

Y así pasaron las horas sin darnos cuenta. Fueron horas enormes, plenas, que puedo llamar más, horas de contacto humano, por fin después de meses de vacío.



En algún momento le dije a Ómer:

—Pensar que yo clamaba por la soledad cuando estaba metida hasta las verijas en el mundo, pensar que hasta soñaba con unos meses de aislamiento absoluto, algo como estar presa para poder zambullirme en un novela, inmersión total como dicen los instructores de idiomas; quería una inmersión total, un borramiento de toda la idiota y distraente cotidianidad para dedicarme a escribir, sólo a escribir, pero cuando te toca cuando no te queda otra... entonces no aparece ni una idea. Además ahora de nada vale intentarlo, ellos vienen y te lo borran todo...

—¿Lo borran? —preguntó él interesado, como si lo escrito no contara, como si sólo contara el borramiento.

—Y sí, todos los sábados, con regularidad cronológica, viene una mujer, el portero la conoce y le abre mi puerta porque él tiene las llaves y ella en pocos segundos me deja la computadora en blanco. Sólo quedan los escasos programas. Al solitario y demás jueguitos estúpidos no los toca. Jugando se espera que pasemos el tiempo.

—Eso explica mucho.

Quiso saber entonces de qué trataban nuestros debates durante el crucero. Intenté complacerlo, claro, pero me resultó casi imposible y reconstruir las charlas y las presentaciones y esas cosas, después de tanto susto, de tanta bronca, de la pérdida de mis notas porque se llevaron mi BlackBerry junto con todo el material que pudieron cosechar. Al explicarle todo eso se me fue el alma al piso y la desesperación me vino al borde de los ojos, pero él supo pescar mi angustia al vuelo y casi casi disiparla.

—Tome —me dijo—, le traje un regalo especial.

Y sacó un libro de un bolsillo interno a la altura del pecho. Un libro medianito, de tapa dura: *Don Segundo Sombra*.

—Gracias —le dije con todo el entusiasmo que pude simular.

—¿Acaso no lo tiene? Hablamos de esta novela, ¿se acuerda? Usted citó eso de “se fue como quien se desangra” ¿se acuerda? la frase me quedó grabada a fuego. Un libro memorable, al menos para mí. Espero que todavía lo tenga...

—La verdad que sí, lo tengo, se llevaron casi toda mi biblioteca pero a éste me lo dejaron, debió parecerles inofensivo. Me conmueve que lo recuerdes. Eso. Gracias.

—Menos mal. Vamos a destruir su ejemplar, déle un besito de despedida. Éste, que es sólo un simulacro, ha venido acá para protegerla y quedará en el mismo lugar en su biblioteca, ¿OK? Pueden acercarse tiempos peores. Puede haber más controles.

Quedé mirándolo sin entender nada.

—Este libro viene con esto —agregó sacando otro elemento de otro bolsillo.

—¿Para qué sirve? Parece un port, pero no...

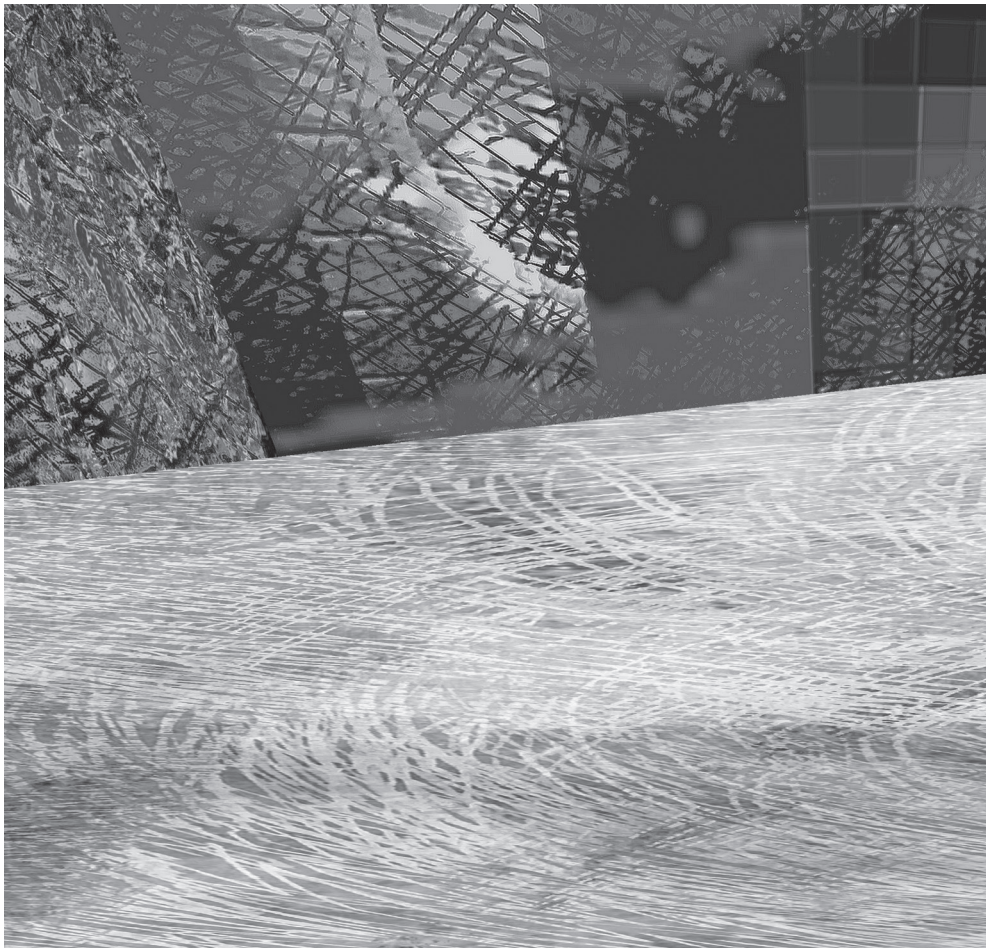
—Podría decirse. Este extremo va a la computadora, ya voy a hacer lo necesario para poder conectárselo, y este otro se inserta en el puerto USB del libro. Así, con mucho cuidado, mire que es muy fino y sensible. Entonces en el libro podrá almacenar todos sus archivos.

—Un pen drive, qué fantástico —me entusiasmé.

—Mucho más, caben acá sus programas, novelas enteras, pero eso no es nada, ya verá.

Y, ajustándole la pequeña antena plegable, procedió a detallar los alcances y posibilidades de ese aparatito tan inocuo en apariencia.

—El Mossad sabe lo que hace —comenté.



—Nada que ver —me dijo, pero se negó a explicarme de dónde le venía tan sofisticada herramienta—. Acepte mis contradicciones —agregó, y no sé si fue un ruego o una orden, porque al ratito nomás se arrebujó como pudo sobre el viejo sofá y se quedó dormido. Busqué una manta para taparlo. El merecido reposo del guerrero, hube de aceptar. Con ronquidos y todo.



Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**
Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**
Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**

Luisa Valenzuela. *Volver a El Mañana* (fragmentos de una novela), de la serie Voz Viva de México (VVAL - 47) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 22 de enero de 2019, en Integra División Pop, S.A. de C.V., Negra Modelo No 4 Bodega A, Col. Cervecería Cuauhtémoc, Naucalpan, Estado de México, C.P. 53330, y se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L. de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.